

La Conciencización personificada

Gracia Faustina Salazar L.¹

gfaustina@gmail.com

Civilis DDHH/Labo Ciudadano

Resumen

A través del presente ensayo histórico se analizan los efectos causados por la United Fruit Company sobre los habitantes de la zona del Magdalena, Colombia, vistos por Gabriel García Márquez en las novelas Cien Años de Soledad y La Hojarasca.

Palabras clave: United Fruit Company / Economía de enclave / Masacre de las bananeras Gabriel García Márquez/ Mariano Picón-Salas

¹ Licenciada en Letras, Magister en Historia de las Américas y Candidata a Doctora en Historia por la Universidad Católica Andrés Bello. Desde 2008, profesora de la UCAB en distintas asignaturas relacionadas con la lingüística y la literatura. Investigadora y activista para la promoción y la defensa de los derechos humanos en Civilis ddhh y Labo Ciudadano.

Awareness personified

Resumen

This historical essay analyzes the effects caused by the United Fruit Company on the inhabitants of the Magdalena area, Colombia, as seen by Gabriel García Márquez in the novels *One Hundred Years of Solitude* and *La Hojarasca*

Key words: United Fruit Company / Enclave Economy / Banana Massacre / Gabriel García Márquez/ Mariano Picón-Salas.

Índice

1. Un resumen general y recopilatorio de hechos según la Historia.....	246-253
2. El arte de ver.....	253
2.1 <i>La hojarasca.....</i>	<i>253</i>
3. Cien años de soledad.....	260
3.1 <i>El eructo volcánico de la peste del banano</i>	<i>260</i>
3.2 <i>La ficción frente a su materia prima</i>	<i>263-270</i>
4. Ciencia y arte de ver	269-273
Bibliografía	272-276

¿Qué es, pues, la Historia: Ciencia o arte de ver?

Américo Castro en Narración, descripción, historiografía.

En diciembre de 1928, en la estación de ferrocarril de Ciénaga, se produce la matanza de un grupo de obreros que reclaman algunas reivindicaciones laborales a la United Fruit Company, empresa de enclave que se estableció en la zona colombiana del Magdalena para desarrollar la explotación comercial del banano. La masacre, debido a la violencia con que fue reprimida una multitud inerme, a la cantidad de muertos que generó, y a los intentos de los organismos del Estado por ocultarla, representa un hito en la memoria colectiva de los pueblos de la zona.

El escritor colombiano Gabriel García Márquez, originario del pueblo costeño de Aracataca, hereda la memoria de los hechos históricos que no presenció, (la masacre de las bananeras y todo el pasado asociado a la idiosincrasia de la zona). Esta memoria se compone de la realidad, filtrada por los elementos propios de la evocación colectiva de quienes sí fueron contemporáneos a los hechos. A partir de ese conocimiento produce literatura, dando origen al llamado ciclo de Macondo crea un pueblo ficticio en el que ubica a los personajes de varias de sus narraciones.

Las novelas *La hojarasca* y *Cien años de soledad* forman parte del ciclo de Macondo. En ellas se puede identificar la ficcionalización de los hechos asociados a la presencia de la United Fruit Company en Colombia, y se ofrece una perspectiva que pudiera contribuir a aclarar lo que el historiador venezolano Mariano Picón-Salas llama “sus agentes creadores y quienes las mantenían en vida”, la concientización personificada del suceder real que le ha servido como materia prima.

1. Un resumen general y recopilatorio de hechos según la Historia

En las elecciones presidenciales realizadas en Colombia después de la guerra, en 1904, es elegido presidente de la república el General Rafael Reyes, quien ocupó ese cargo hasta 1909.

El gobierno se caracterizó por el proteccionismo industrial, el apoyo económico a los empresarios y el aumento de los derechos de importación. Esta política le granjeó la indulgencia de los sectores industriales frente a los abusos de toda índole cometidos por su gobierno. Esta relación fue determinante para la industrialización del país.

Reyes abrió los mercados nacionales al capital extranjero. Su gobierno fue importante para el establecimiento del capital norteamericano en el sector del banano a través de la United Fruit Company, una agrupación de empresas bananeras norteamericanas cuya presencia en el país se caracterizó principalmente por su carácter monopolista, llegando a controlar para 1910 el 77% del mercado mundial del banano. Este auge generó un aumento de la población en la zona de la explotación del banano, la costa colombiana, tanto de extranjeros como de personas de otras regiones del país. En 1908, de once mil obreros agrícolas bananeros, tres mil trabajaban para la U.F.C.

Hacia el fin del gobierno de Reyes surge el Partido Republicano, que introduce la reforma constitucional de 1910, obliga a la dimisión de Reyes y lleva a la presidencia de la república a Carlos Eugenio Restrepo. Durante este período se firmó en 1914 el tratado Urrutia-Thompson entre Colombia y Estado Unidos para dirimir la disputa entre los dos países derivada de la Guerra de los mil días. Mediante el arreglo, Estados Unidos se comprometía a indemnizar económicamente a Colombia, y a reconocer su “sincero pesar” por los perjuicios causados, a cambio de que se olvidara el conflicto.

Mientras Colombia se conformaba con la indemnización monetaria, el pueblo estadounidense tomó la exigencia del “sincero pesar” como una afrenta. Se propuso en 1921 una modificación al acuerdo, ya durante la administración presidencial de Marco Fidel Suárez (1918-1921): Colombia debía modificar su legislación petrolera a favor de los Estados Unidos,

olvidar la cláusula del “sincero pesar” y Estados Unidos le indemnizaría por 25.000.000 de dólares.

La situación se mantuvo en suspenso durante algunos meses, hasta que el gobierno de Jorge Enrique Holguín, alentado por su ministro de relaciones exteriores, Enrique Olaya Herrera, aprobó el tratado con los cambios introducidos por los Estados Unidos.

Durante este período presidencial fueron aprobadas las leyes 78, en 1919; y 21 en 1920, para regular el derecho a huelga. La Ley 78 permitió el derecho a huelga y eliminó las sanciones penales por abandono del trabajo. También permitía la contratación de esquiroleros y la protección a quienes desearan permanecer en sus actividades. La ley 21 prohibía la huelga a los trabajadores de los servicios públicos, y en los otros rubros sólo era permitida si le antecedía un período de conciliación entre las partes.

Para esa época la United Fruit Company poseía la mitad de las tierras cultivadas con banano en Santa Marta, casi el 90% de las aguas de irrigación, tenía acciones en el Ferrocarril de Santa Marta y controlaba el comercio local a través de los comisariatos. Para aprovechar el viaje de vuelta a Colombia, los barcos de carga regresaban con mercancía que los trabajadores luego adquirían con vales que les eran entregados como parte de pago y que sólo podían gastar en los almacenes de la Compañía.

A todo esto, se sumó la caída de los precios del café, que pasó de casi 25 centavos de dólar por libra en 1919, a casi 16 centavos en 1921, lo cual implicaba una disminución de los ingresos fiscales cuya mayor parte se sustentaba en la exportación. La consecuencia fue el retraso en los pagos a los trabajadores de Estado empleados en las obras públicas y el consiguiente descontento popular. Para solucionar la situación se procedió a elaborar cédulas y vales del tesoro público.

El gobierno de Nel Ospina (1922-1926) necesitaba reducir los gastos en fletes de comercio externos, facilitar la conexión de transporte entre las regiones para integrarlas a la economía del país y el desplazamiento de la mano de obra, cosas posibles mediante el mejoramiento del sistema vial. Gracias a un crédito otorgado por los Estados Unidos y dando continuidad a

algunos proyectos vigentes desde la administración de Rafael Reyes, se amplió la red ferroviaria, se adecuaron los puertos para favorecer el transporte fluvial, se amplió la red de carreteras y se dieron los primeros pasos para el establecimiento de la aviación comercial.

A partir de 1924 y hasta 1929, la economía nacional se vio beneficiada por un aumento de divisas debido al flujo de capitales extranjeros y al alza de los precios externos del café, lo que también aumentó la capacidad de algunas industrias nacionales.

Por otra parte, el gobierno de Ospina se vio afectado por los índices inflacionarios. “Aunque en esa época no existía una estadística oficial sobre el índice de precios, los investigadores hablan de un aumento de casi 35% en los precios de los productos agrícolas entre 1923 y 1926, con un descenso al 22% entre 1927 y 1929”².

Los obreros se agruparon en la Confederación Obrera y atribuían la inflación al acaparamiento de bienes por parte de los comerciantes, y solicitaron al gobierno un control de precios y la creación de cooperativas para la adquisición de bienes. Los sectores asalariados solicitaron aumentos en los pagos por medio de agitadas huelgas.

Ante la conflictividad social, la industria presionó al Estado para buscar soluciones al problema inflacionario. El ejecutivo respondió con la Ley de Emergencia para reducir, y en algunos casos suprimir, los derechos aduaneros sobre los artículos de primera necesidad. Esto contribuyó a la mayor oferta de productos agrícolas y a la consecuente disminución de los precios.

Además del problema directamente económico, se planteaba el de los servicios públicos como alumbrado, energía eléctrica, aseo u ornato de las ciudades; las telefónicas y los sistemas de transporte. Desde el siglo XIX estos servicios estaban a cargo de empresas nacionales o extranjeras que firmaban acuerdos con los gobiernos, frecuentemente indulgentes frente a las falencias y las ganancias de estos empresarios.

² Archila, M. “Conflictos sociales en Colombia en los años veinte: la masacre de las bananeras.” En: Historia de Colombia. Tomo 7. (Barcelona: Salvat. 1990), 159.

En este contexto proliferaron las huelgas, tomas de tierras y conflictos estudiantiles. La postura del partido conservador era que el Estado no debía mediar en conflictos laborales, sino que debía limitarse a promulgar leyes de seguridad social. La anuencia del Estado avivó la animadversión de los obreros, quienes fueron escalando paulatinamente los focos violentos de protesta.

Para este momento, la United Fruit Company, las ferrocarrileras, las empresas dedicadas a la explotación petrolera y las de bienes y servicios se relacionaban con el país mediante una economía de enclave

Un mundo aparte, incrustado en el territorio nacional, vinculado esencialmente con el exterior, cuyas únicas relaciones con el país consistían en la compra de fuerza de trabajo de menos rangos de calificación, aprovechamiento de los recursos del subsuelo y pago de menguados impuestos al Estado. Ese enclave tenía sus propias normas, una balanza de pagos particular, un tipo de cambio específico y en casi todo se comportaba como un Estado dentro del Estado. (...) existe un circuito de transacciones económicas, de fenómenos particulares, de comportamientos diferenciales de los del resto del país³. (Maza Zavala, 1996).

En un Estado dentro del Estado, el bienestar que pudiera generar llega de manera muy lenta para quienes lo esperan y lo necesitan, en caso de que en efecto llegue. No se asumen equitativamente los costos y los sacrificios del proceso.

En primera instancia, antes de que comenzara los conflictos, la presencia extranjera es bien recibida porque produce en la población.

El espejismo de bonanza: establece nuevas fuentes de trabajo, eleva los salarios misérrimos del campesino del latifundio feudal y da la impresión de contribuir a la modernización y al progreso. El saqueo de las riquezas naturales que significa, la camisa de fuerza que impone a las economías de los países latinoamericanos, impidiéndoles desarrollarse industrialmente y reduciéndolos a meros exportadores de materias primas, la corrupción política que propaga mediante el soborno y la fuerza para asegurarse regímenes adictos que

³ Maza Zabala, D. Crisis y Política económica 1989-1996. (Caracas: Academia Nacional de las Ciencias económicas, 1996), 49.

cautelen sus intereses, les aseguren concesiones, repriman los conatos de sindicalización y los movimientos reivindicativos de los trabajadores, pasan casi inadvertidos por la conciencia colectiva⁴.

La U.F.C., establecida en la zona bananera del Magdalena, implementó un sistema de contratistas, las cuales empleaban el trabajo parcial de los trabajadores campesinos que oscilaban entre 10.000 y 30.000, los mismos campesinos a quienes expropiaba cuando necesitaba terrenos y mano de obra, generando fuerte tensión social en la zona, además de las protestas demandando aumentos salariales. Para organizar todas estas instancias se fundó en 1925 la Unión Sindical de trabajadores del Magdalena (U. S. T. M.) y agrupaba a trabajadores y plantadores.

En noviembre de 1928 la Unión Sindical presentó un pliego de 9 peticiones: Establecimiento de seguro colectivo obligatorio, establecimiento de seguros contra accidentes, habitaciones higiénicas, asistencia pública y descanso remunerado; aumento de 50% en todos los salarios, supresión de los comisariatos, cesación del pago en vales, pagos semanales y no quincenales, sustitución de los contratos individuales por contratos colectivos y dotación de hospitales y médicos. La U.F.C. se negó por completo a negociar con los trabajadores, quienes se lanzaron a la huelga el 12 de noviembre. Luego, a petición del General Carlos Cortés Vargas, enviado como jefe militar de la zona una vez comenzada la huelga, la compañía aceptó la cesación de los pagos en vales y el establecimiento del pago semanal, considerando el resto de las demandas como ilegales o imposibles de conceder. Esta negativa recrudeció el descontento de los trabajadores, quienes realizaron numerosos mítines, bloqueos a las vías del ferrocarril y saboteos a las líneas telegráficas.

El centro del conflicto se localizó en el pueblo de Ciénaga. Ya en diciembre, y en vista de que no cesaban las acciones de los campesinos, el gobierno central expidió el decreto No 1, que declaraba estado de sitio en la zona por turbación de orden público y designaba a Cortés Vargas como jefe civil y militar. Cortés atribuyó la actuación de los trabajadores a una conspiración comunista.

⁴ Vargas Llosa, M. García Márquez: Historia de un deicidio. (Caracas: Monte Ávila Editores. 1971), 17.

Hubo algunas acciones violentas por parte de los huelguistas, como en el pueblo de Sevilla, vecino a Ciénaga, que dejó un militar y varios civiles muertos. Por otra parte, el gobernador y el alcalde de Ciénaga fueron apresados por confabulación con los trabajadores.

La U.F.C. envió telegramas a sus cuarteles centrales en Boston para informar de la situación. El cónsul norteamericano solicitó que, para proteger la vida de los empleados de la U.F.C., fueran enviados barcos de guerra a la costa colombiana, lo cual usó Cortés como justificación para su manera violenta de afrontar la situación.

El 5 de diciembre miles de trabajadores concurrieron a la estación del ferrocarril. Cuando llegaron Cortés y un contingente de soldados ya se encontraban allí. Los trabajadores permanecieron en el lugar como señal de protesta, haciendo caso omiso a las advertencias de sus propios líderes, como Raúl Eduardo Maecha, quien les invitó a dispersarse. A media noche llegaron las tropas a la plaza. A continuación, Cortés Vargas procedió a leer el Decreto No 1, en el que ordenada “disolver toda reunión mayor de tres individuos” e instaba a “disparar sobre la multitud si fuera el caso”. La multitud permaneció inmóvil, algunos gritaron vivas al ejército y al país. Ya en la madrugada, formó a la tropa en frente de los congregados, volvió a instarlos a retirarse, ofreciéndoles un plazo de 5 minutos, que prolongó por uno más. La multitud siguió renuente y se dio la orden de abrir fuego, y a la primera descarga, la gente comenzó a huir.

El gobierno colombiano informó de nueve muertos. Al revisar las fuentes sobre el tema, varias coinciden en que el embajador norteamericano Jefferson Caffery, basado en reportes de la U.F.C., habló primero de cien muertos, luego de una cifra que oscilaba entre 500 y 600, y en un informe al Departamento de Estado de mediados de diciembre dijo que sobre pasaban los mil. Por su parte, los activistas sobrevivientes Alberto Castellón y Raúl E. Maecha reportaron cientos de víctimas desarmadas. El congresista Jorge Eliécer Gaitán presentó un informe en el que responsabilizaba al ejército de haber llegado en estado de ebriedad para atacar a una multitud inerme. Aunque una investigación realizada en 1929 halló cadáveres de hombres, mujeres y niños, no dio cifras en torno al número total de muertos pero habló de trenes cargados de cuerpos que fueron arrojados al mar.

Gracia Faustina Salazar L

Después de los sucesos en la estación del ferrocarril, algunos trabajadores se armaron para defenderse. Sin embargo, fueron reprimidos y encarcelados los dirigentes del movimiento obrero, e inclusive asesinados lo más radicales. Finalmente, los enfrentamientos se fueron extinguiendo, hasta que los trabajadores regresaron a sus puestos de labor sin obtener ninguna reivindicación y en condiciones peores que las anteriores la huelga.

Finalmente, la U.F.C. se vio afectada por el *crack* en la Bolsa de Nueva York de octubre de 1929 que generó la caída de los precios internacionales; por los huracanes y por el agotamiento del suelo. Con ello comenzó una retirada por partes, aprovechada en algunos casos por los trabajadores desempleados para recuperar las tierras arrebatadas por la transnacional.

2. El arte de ver

2.1 *La hojarasca*

La obra literaria es producto del entorno donde se genera. En algunos casos este entorno es fácilmente identificable, mientras que en otros se diluye en los artificios de la ficción.

En el caso de Gabriel García Márquez, es repetido por la crítica y por la historiografía literaria que buena parte de la materia prima de su ficción se origina en su propia realidad familiar y en el entorno de sus primeros años: la población de Aracataca, en la provincia del Magdalena, en Colombia.

Ese pueblo de García Márquez fue alcanzado por la fiebre del banano, y aunque el autor nació en 1927, un año antes de la masacre, absorbe y asume como propias las impresiones provenientes de la tradición oral:

Con la Compañía bananera, comenzó a llegar a este pueblo gente de todo el mundo y era muy extraño, porque en este pueblito de la costa atlántica de Colombia, hubo un momento en el que se hablaba todos los idiomas. La gente no se entendía entre sí; y había tal prosperidad, es decir, lo que entendían por prosperidad, que se quemaban billetes bailando la cumbia. (...) No había autoridad real y la autoridad era venal porque la Compañía Bananera con cualquier propina que les diera, con sólo untarles la mano, era dueña de la justicia y del poder en general⁵.

Basado en la presencia de la Compañía bananera y en la masacre a los huelguistas del año 28, García Márquez plasma en la novela *La hojarasca*, publicada en 1955, el efecto sociológico que esta oleada inesperada de “progreso” y su posterior partida dejan sobre sus testigos.

La acción que narra esta ficción transcurre durante media hora mientras un coronel, su hija Isabel y el hijo de esta esperan para enterrar, contra la voluntad de los vecinos que lo repudiaban en vida y que ahora desean dejar su cadáver insepulto, a un médico francés que se ha suicidado.

⁵ Vargas Llosa, p. 16.

Para narrar la historia, García Márquez deja que las meditaciones en que están sumidos los personajes presenten la historia desde sus particulares perspectivas. Mediante esa alternancia de recuerdos y reflexiones, nos enteramos de los sucesos más importantes en esa población desde la llegada de los fundadores, entre los que figuran los padres de Isabel, hasta lo ocurrido en noviembre de 1928.

Así, conocemos que la acción se desarrolla en Macondo, que este médico había vivido en casa del coronel durante un tiempo, y luego se mudó "a la casa de la esquina" con la goajira Meme, que hasta entonces servía en la casa de Isabel y el coronel. En una oportunidad salvó la vida del coronel, a quien hizo prometer que se encargaría de sepultarlo cuando muriera.

El doctor era repudiado en el pueblo por haberse negado a atender a los heridos en algún hecho público que nunca es aclarado y debido a esa negativa, el pueblo, retaliación ha prometido evitar que el hombre sea sepultado. Contravenir ese deseo es la misión de los personajes en los que se centra la narración.

Esta anécdota sirve de marco para mostrar los distintos momentos de Macondo, divididos en antes y después del paso de la Compañía bananera, visto en pretérito desde un presente decadente.

El nombre del libro, *La hojarasca*, se refiere la barahúnda, al rebullicio producido por los contingentes humanos que venían detrás de la bonanza, al final efímera, que significaba la explotación extranjera del banano. La breve crónica introductoria que precede el relato recoge la visión de los macondinos acerca de aquel tumulto social, aquella hojarasca, que invadía su entorno.

De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, compuesta por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos. (...) La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario. (...) En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció por las calles su confusa carga de desperdicios (...) hasta convertir lo que fue un callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado, hecho con los desperdicios de los otros pueblos.

Allí vinieron, confundidos con la hojarasca humana, arrastrados por su impetuosa fuerza, los desperdicios de los almacenes, de los hospitales, de los salones de diversión, de las plantas eléctricas; desperdicios de mujeres solas y hombres que amarraban la mula en un horcón del hotel, trayendo como único equipaje un baúl de madera o un atadillo de ropa, y a los pocos meses tenían casa propia y dos concubinas.

En medio de aquel ventisquero, de aquella tempestad de caras desconocidas, (...) los primeros éramos los últimos; nosotros éramos los forasteros; los advenedizos⁶.

Al despedirse a los efectos de la compañía bananera y su consecuente hojarasca como desperdicios humanos y materiales, contaminante, escombros de catástrofes, confusa carga de desperdicios, complicado, desperdicios de almacenes, desperdicios de mujeres, desperdicios de hombres, ventisquero y tempestad, da cuenta de que no es bien vista por los pobladores de Macondo, sino más bien como algo nocivo, no es bienvenida por quienes se sienten desplazados en su propio territorio.

La hojarasca atropella la pureza intransitiva de Macondo porque toma el poder del pueblo. El nombre que recibe se asocia a su poder de destrucción y caos, pero también a la idea de exceso inútil, si nos atenemos a la definición del DLE.

hojarasca

2. f. Demasiada e inútil frondosidad de algunos árboles o plantas.

3. f. Cosa inútil y de poca sustancia, especialmente en las palabras y promesas⁷.

Además, es comparada con la tempestad, un “remolino que echó raíces en el centro del pueblo” de una “fuerza impetuosa”, un “ventisquero”, todos fenómenos naturales que revuelven y destruyen lo que encuentran a su paso y no dejan más que caos a su partida.

La hojarasca trae consigo cierta laxitud moral mediante la figura de la casa de citas: "construyeron pequeñas casas de madera, e hicieron, primero un rincón donde medio catre era

⁶ García Márquez, G. La hojarasca. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970), 9-10.

⁷ Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [4 de marzo de 2024].

el sombrío hogar para una noche, y después una ruidosa calle clandestina, y después todo un pueblo de tolerancia dentro del pueblo⁸”.

Toda la confrontación que se describe en la novela entre el pueblo y la compañía bananera, la retaliación de los macondinos, antes que laboral, es de idiosincrasia.

En uno de los recuerdos que tiene Isabel mientras espera el entierro del doctor, ella conversa con Meme durante una visita que le hace en la época de la bonanza, y ofrece la siguiente reflexión:

Repentinamente me expliqué el desencanto que se advertía en Meme cuando recordaba el pasado de nuestra casa. Nuestras vidas habían cambiado, los tiempos eran buenos y Macondo un pueblo ruidoso en el que el dinero alcanzaba hasta para despilfarrarlo los sábados en la noche, pero Meme vivía aferrada a un pasado mejor. Mientras afuera se trasquilaba al becerro de oro, adentro, en la trastienda, su vida era estéril, anónima⁹.

Los tiempos mejores están lejos de esa bonanza, en una vida anterior, ajena al culto a la riqueza.

No sólo los macondinos pobres como Meme ven con desdén el paso de la hojarasca. Los más encumbrados, representados en las voces de Isabel y El coronel, miembros de una de las familias fundadoras, también manifiestan su repudio. Lo que separa lo económico lo une el ethos común a los pobladores originarios de territorio.

Leemos al Coronel:

Hace 10 años, cuando sobrevino la ruina, el esfuerzo colectivo de quienes aspiraban a recuperarse habría sido suficiente para la reconstrucción. Habría bastado con salir a los campos estragados por la compañía bananera; limpiarlos de maleza y comenzar otra vez por el principio. Pero a la hojarasca la habían enseñado a ser impaciente; a no creer en el pasado ni en el futuro. Le habían enseñado a creer en el momento actual y a saciar en él la voracidad de sus apetitos. Poco tiempo se necesitó para que nos diéramos cuenta de que la hojarasca se había ido y de que sin ella era imposible la reconstrucción. Todo lo había traído la hojarasca y todo se lo había llevado. Después de ella sólo quedaba un domingo en los escombros de un

⁸ García Márquez, 1970, 2.

⁹ Ídem, 41.

pueblo, y el eterno trapisondista electoral en la última noche de Macondo, poniendo en la plaza pública cuatro damajuanas de aguardiente a disposición de la policía y el resguardo¹⁰.

Con voluntad habría sido posible reparar la ruina, pero el daño más importante no es económico, ni ambiental, sino antropológico: quienes quedaron en Macondo perdieron la voluntad, las capacidades, la iniciativa. La compañía bananera se llevó todo su empuje, los dejó sumidos en el letargo.

La resistencia del coronel como una muestra de lo único que quedó en pie frente a las pasiones de la mayoría, y frente al desgano de los macondinos ante la vida, la conciencia de la decadencia del entorno, de cómo podría resolverse pero también de que esa solución es imposible porque el que han recibido las personas es un daño mayor, hace que el lector recuerde a Carmen Rosa en la Casas Muertas de Miguel Otero Silva, otra novela latinoamericana también publicada en 1955 y que si bien no es estrictamente histórica porque no refiere un acontecimiento concreto, sí se ocupa de mostrar los estragos que sobre la condición humana una circunstancia política, en su caso, la dictadura de Juan Vicente Gómez, la desidia materializada en la epidemia del paludismo, y la emigración de sus habitantes hacia otras zonas de explotación petrolera. Ambas novelas tienen en común el discurrir sobre la presencia extranjera en un pueblo de provincia de un país latinoamericano, para hacerlo víctima de la desigualdad y del progreso aparente y efímero.

Durante el esplendor bananero “su gente quemaba billetes en las fiestas; (...) la hojarasca sin dirección (...) lo menospreciaba todo, (...) se revolcaba en su ciénega de instintos y encontraba en la disipación el sabor apetecido¹¹”, y Macondo no pudo volver de eso.

El médico a cuyo velorio asisten los personajes de la narración, mientras vivía en la casa del coronel tenía un consultorio y:

Fue el único médico del pueblo hasta cuando llegó la compañía bananera y se hicieron los trabajos del ferrocarril. Entonces empezaron a sobrar las sillas en el cuartito. La gente que lo visitó durante los primeros cuatro años de su estada en Macondo, empezó a desviarse

¹⁰ Ídem, 122-123.

¹¹ Ídem, 28.

después de que la compañía organizó el servicio médico para sus trabajadores. (...) Siguió abriendo la puerta de la calle, sentándose en su asiento de cuero, durante todo el día, hasta cuando pasaron muchos sin que volviera un enfermo. Entonces echó el cerrojo a la puerta, compró una hamaca y se encerró en el cuarto¹².

La compañía bananera es la causante de la ruina profesional del médico, pero además es el centro de la tragedia, el origen de la desgracia: el médico resiente que los macondinos dejaron de acudir a su consulta, y se los cobra negándole la atención a los heridos, ignorando los ruegos. Esa acción le gana el repudio del pueblo y deriva en el suicidio del galeno. Todo lo asociado a la compañía bananera deriva en muerte, literal o metafórica.

Durante la narración nos enteramos de que el médico francés acumuló cierta fortuna con el consultorio, capital con que alquiló una casa e irse a vivir con Meme. Es decir, es un extranjero que hace fortuna en el pueblo, al igual que los que vienen con la hojarasca y sin embargo el coronel no manifiesta desprecio, al contrario, y mantiene su agradecimiento y solidaridad con él después de muerto. Es decir, lo despreciable no es el extranjero que vine a hacer sino la barahúnda, la oleada, el revolcón que trastoca la paz las costumbres del pueblo y contamina todo "con su revuelto olor multitudinario."

Sobre el médico, hay un último dato que nunca es aclarado: ya hemos dicho que el pueblo repudía al médico al punto de querer impedir que su cadáver recibiera sepultura, y justamente la novela termina en la expectativa sobre qué ocurrirá cuando el entierro salga a la calle. En dos oportunidades se dice que el odio del pueblo se debe a la negativa del doctor a atender a los heridos de un hecho de violencia pública que nunca se dice cuál fue, pero se refiere como "la noche que pusieron las cuatro damajuanas de aguardiente en la plaza, y Macondo fue un pueblo atropellado por un grupo de bárbaros armados; un pueblo empavorecido que enterraba a sus muertos en la fosa común". Dada la frecuencia con la que afloran en la novela los sucesos relacionados con la compañía bananera, no es aventurado asociar ese hecho de violencia con la masacre del 6 de diciembre de 1928.

Es de notar que La hojarasca es la única novela del ciclo de Macondo en la que los sucesos están asociado a fechas: ubica la llegada del médico y el sacerdote en 1903, la de la compañía

¹² Ídem., 69.

bananera en 1907, la negativa del doctor a atender a los heridos en 1918, y el entierro del doctor el 12 de septiembre de 1928.

García Márquez no refiere el suceder real, pero lo circunda. Señala en una dirección, pero a la vez elide el dato concreto porque no es lo que le interesa señalar. La elipsis le permite dejar intacto el velo sobre la claridad de los sucesos, lo exime de ofrecer una versión sobre los hechos concretos, que no es su interés. Lo que nos cuenta es más universal, más amplio y profundo: se trata del daño antropológico del que son víctimas los macondinos, perdida la fuerza de voluntad para recuperarse por sí mismos, convertidos en casas muertas, posesos de un rencor contra un actor que aun ausente lo toca todo, y les ha llevado a ese estado: la Compañía Bananera. Al no estar presente el verdadero objeto, la verdadera causa de la tragedia de Macondo, el pueblo ha convertido al médico, víctima también del paso de la hojarasca, en una suerte de chivo expiatorio.

3. Cien años de soledad

3.1 *El eructo volcánico de la peste del banano*

En *La hojarasca* aquella invasión social que perturbó a Macondo es mencionada tangencialmente a través de sus efectos, no se describe directamente el tiempo de su presencia ni se detalla cómo se interrelacionaba con los viejos pobladores. En cambio, en *Cien años de soledad* los hechos se ficcionan y se hace una relación detallada desde la llegada del capitalismo a Macondo hasta la masacre en la estación del ferrocarril.

Cien años de soledad relata la historia de la familia Buendía desde su llegada a Macondo hasta el final de la estirpe y también del pueblo. Esta narración integra ciertos hechos histórico-políticos, ficciones asociadas a un suceso real.

En la ficción, el capitalismo llega de la mano de Mr. Herbert, un forastero dueño de un negocio clandestino de globos no muy exitoso. Acodado en el sentido de la hospitalidad de la familia Buendía, Mr. Herbert, fracasado y a punto de abordar el ferrocarril para salir de Macondo, es invitado a almorzar por José Arcadio Segundo y descubre en esa velada la existencia del banano como una fruta exótica para el extranjero. El suceso es narrado de una forma casi ridiculizante, exponiendo el asombro del extranjero ante una fruta tan común en los pueblos del caribe. Una vez que comió un primer racimo de bananos,

Suplicó que le llevaran otro. Entonces sacó de la caja de herramientas que siempre llevaba consigo un pequeño estuche de aparatos ópticos. Con la incrédula atención de un comprador de diamantes examinó meticulosamente un banano seccionando sus partes con un estilete especial, pesándolas en un granatorio de farmacéutico y calibrando su envergadura con un calibrador de armero¹³.

A raíz de este pintoresco descubrimiento en menos de una semana Macondo fue visitado por “ingenieros, agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores.” Es allí cuando llega el fatídico Mr. Brown, propietario de la compañía bananera. Al igual que en *La hojarasca*, los

¹³ García Márquez, G. *Cien años de soledad*. (Madrid: Ediciones Cátedra, 1999), 341-342.

habitantes de Macondo perciben la llegada de los extranjeros como una invasión intempestiva, porque

Apenas empezaron a preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando cuando ya el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc, poblado por forasteros que llegaban de medio mundo en el tren, no sólo en los asientos y plataformas, sino en el techo de los vagones¹⁴.

Este relato tiene una perspectiva menos fatalista que en *La Hojarasca*. No se percibe a quienes llegan desde la perspectiva del desprecio aristocrático del coronel, desde la curiosidad de los macondinos por la novedad, sin embargo, coinciden ambos textos en describir a quienes llegan como una masa invasiva.

El mismo estado de tolerancia de un pueblo dentro de otro que se describe en *La hojarasca* aquí se ubicaba “al otro lado de la línea del tren, con calles bordeadas de palmeras, casas con ventanas metálicas, mesitas blancas en las terrazas y ventiladores de aspas colgando en el cielorraso, y extensos prados azules con pavorreales y codornices”¹⁵. Como para acentuar su diferencia con el entorno, el sub-pueblo estaba rodeado por una reja metálica que la hacía lucir como “un gallinero electrificado.” Esta última comparación vuelve a poner en evidencia la forma pintoresca en que los habitantes de Macondo perciben las actitudes de los forasteros. La idea de un pueblo dentro de otro nos recuerda al concepto de economía de enclave: una especie de estado dentro del Estado que aprovecha los recursos sin rendir cuentas de sus actividades. Para sus fines, los extranjeros, cuya intención aún desconocían los nativos, “modificaron el régimen de lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas, y quitaron el río de donde estuvo siempre y lo pusieron con sus piedras blancas y sus corrientes heladas al otro extremo de la población, detrás del cementerio.”

Acá, como en *La Hojarasca*, también se menciona el establecimiento de la prostitución en “un pueblo más extenso que el otro.” Se habla de ello con curiosidad, con asombro, diciendo que las “hembras babilónicas” traían toda clase de novedades para “estimular a los inermes, despabilar a los tímidos, saciar a los voraces, exaltar a los modestos, escarmentar a los múltiples

¹⁴ ídem, 342-343.

y corregir a los solitarios.” Estas novedades avanzaban con tal velocidad que “ocho meses después de la visita Mr. Herbert los antiguos habitantes de Macondo se levantaban temprano a conocer su propio pueblo.”

A lo largo de Cien años de soledad, la casa de la familia Buendía es un reflejo del estado general de Macondo en cada época. En este caso, y debido al extremo sentido de la hospitalidad que los caracteriza, símbolo de la hospitalidad de los pueblos caribeños, la familia llenó sus casas de estos huéspedes desconocidos, por iniciativa de José Arcadio Segundo, un miembro del clan que será empleado luego por la compañía como capataz y que tendrá gran relevancia en los sucesos posteriores. La vivienda se puso al servicio de lo extranjeros a tal punto que “fue preciso agregar dormitorios en el patio, ensanchar el comedor y cambiar la antigua mesa por una de dieciséis puestos, con nuevas vajillas y servicios, y aun así hubo que establecer turnos para almorzar”. A cambio de su hospitalidad desinteresada e ingenua, los Buendía recibieron “invitados de la más perversa condición que embarraban con sus botas el comedor, se orinaban en el jardín, extendían sus petates en cualquier parte para hacer la siesta, y hablaban sin fijarse en susceptibilidades de damas ni remilgos de caballeros”. Nada más. No por eso, sin embargo, Úrsula Iguarán, la ya anciana matriarca de la familia, dejaba de experimentar “un alborozo pueril cuando se aproximaba la llegada del tren”.

Es tal el deslumbramiento por lo exótico, por la novedad que significan esos extranjeros en un pequeño pueblo de la costa del Caribe que, mientras tenían todas estas atenciones para con ellos, ni para los Buendía ni para nadie en Macondo está perfectamente claro a qué vienen los extranjeros. Más de un año después de la visita de Mr. Herbert “pensaban sembrar banano en la región encantada que José Arcadio Buendía y sus hombres habían atravesado buscando la ruta de los inventos”, una imagen simbólica de cómo esta invasión viene a aplastar lo mítico, lo arcádico, lo fundacional, violentándolo con su avaricia, su vulgaridad y sus sembradíos de banano.

A pesar de que la descripción del suceso nos es dramática como en *La hojarasca*, sí se reconoce que algo perjudicial ha de traer consigo esta barahúnda. Cuando se hace referencia a dos de los inmigrantes que vienen detrás de la compañía bananera se dice que llegan

“arrastrados por aquel eructo volcánico”, una imagen parecida a las de desastres naturales con que se asocia en *La hojarasca*. Cuando se les pregunta a estos hombres por qué han venido a Macondo, justificaron su determinación con una frase que tal vez explicaba las razones de todos: “Nosotros venimos – dijeron – porque todo el mundo viene”. Acerca de uno de los miembros de la familia Buendía encontramos el siguiente comentario: “Remedios, la bella, fue la única que permaneció inmune a la peste del banano”.

3.2 La ficción frente a su materia prima

En el estilo peculiar de García Márquez, caracterizado por repetir en sus distintas narraciones los nombres de algunos personajes como anclas que asocian las distintas narraciones, existe aquí también una Meme y, aunque si se analizan los casos podría haber relaciones entre los personajes, no se trata de la misma goajira de *La hojarasca*. Cuando ya la Compañía Bananera tiene un tiempo establecida en Macondo, se describe el nuevo aspecto del pueblo, paradójicamente, desde la omisión que Meme, absorta en otras preocupaciones, hace de la existencia de esas novedades durante su último viaje en el tren antes de ser enviada a un claustro en el exterior por su madre, quien la acompaña en el viaje:

A penas si se dio cuenta del viaje a través de la antigua región encantada. No vio las interminables plantaciones de banano a ambos lados de las líneas. No vio las casas blancas de los gringos, ni sus jardines aridecidos por el polvo y el calor, ni las mujeres con pantalones cortos y camisas de rayas azules que jugaban barajas en los pórticos. No vio las carretas de bueyes cargadas de racimos en los caminos polvorientos. No vio las doncellas que saltaban como sábalos en los ríos transparentes para dejarles a los pasajeros del tren la amargura de sus senos espléndidos ni las barracas abigarradas y miserables de los trabajadores (...) y en cuyos portales había niños verdes y escuálidos sentados en sus bacinillas, y mujeres embarazadas que gritaban improperios al paso del tren¹⁶.

La intención de contrastar es evidente. En principio, los que eran "prados azules" fueron vencidos por la verdadera tierra, "aridecidos por el polvo". Mientras en los pórticos de los

¹⁶ Ídem, 414-415.

Gracia Faustina Salazar L

"gringos" las personas ostentan un divino ocio jugando las barajas, los pórticos de los trabajadores exhiben miseria y patetismo. Mientras las mujeres gringas ofrecen a los viajeros el espectáculo de su belleza, las de los trabajadores ofrecen improperios. La bonanza sólo se circunscribe a los extranjeros que vienen con la compañía bananera, no permeó hacia los pobladores originarios de Macondo. Ni siquiera quienes trabajaban para ellos se vieron beneficiados de su prosperidad, al contrario: su miseria se hacía más patente confrontada con la opulencia de sus contratantes.

Cuando Fernanda, la madre de Meme, regresa de abandonar a la hija en Cracovia, se encuentra con que su cuñado, José Arcadio Segundo, el mismo que con tanto entusiasmo atrajo a los forasteros hasta su casa para ofrecerles franca hospitalidad, estaba "incitando a la huelga a los trabajadores de la compañía bananera", a lo que ella responde "esto es lo último que nos faltaba, (...) un anarquista en la familia". De aquí en adelante, la narración se convierte en recreación casi historiográfica, más que literaria, de los sucesos alrededor de la masacre en la estación del ferrocarril de Ciénaga en 1928.

Dos semanas después del llamado a huelga de José Arcadio Segundo estalló la huelga y se dice que "no tuvo las consecuencias dramáticas que se temía". No explica por qué se temía consecuencias dramáticas, sólo dice que se las temía. Para los macondinos, la sola idea de la huelga trae una carga trágica.

La primera petición de los obreros es que "no se les obligue a cortar y embarcar banano los domingos" y tuvo éxito. Esto contribuyó a que José Arcadio Segundo ganara simpatías y a que renunciara al "cargo de capataz de cuadrilla en la compañía bananera y tomó el partido de los trabajadores. Muy pronto se le señaló como agente de una conspiración internacional contra el orden público".

Un año después "la tensión pública estalló sin ningún anuncio", cuando José Arcadio Segundo y otros dirigentes sindicales salieron de la clandestinidad para promover manifestaciones en las que acabaron presos. Sin embargo, "a los tres meses estaban en libertad porque el gobierno y la compañía bananera no podían ponerse de acuerdo sobre quién debía alimentarlos en la cárcel". Este episodio risible y caricaturesco, de alguna manera ilustra la

incertidumbre sobre quién es el verdadero Estado y quien ejerce la verdadera autoridad. Nadie es responsable por los ciudadanos al momento de tener que responder por el mínimo asunto relacionado con su supervivencia, de velar por su dignidad o sus derechos humanos. El pliego de peticiones de los trabajadores de Macondo sigue muy de cerca el pliego real de 1928: salubridad en las viviendas, servicios médicos eficientes, humanización de las condiciones de trabajo, eliminación de los vales y los comisariatos, así como mejoras en las condiciones de salud:

José Arcadio Segundo fue apresado porque reveló que el sistema de vales de la compañía era un recurso para financiar sus barcos fruteros, que de no haber sido por la mercancía de los comisariatos hubieran tenido que regresar vacíos desde Nueva Orleans hasta los puertos de embarque del banano. (...) Los médicos no examinaban a los enfermos, sino que les hacían ponerse en fila india frente a los dispensarios, y una enfermera les ponía en la lengua una píldora del color del piedralipe, así tuvieran paludismo, blenorragia o estreñimiento¹⁷.

En cuanto a la reacción de la compañía frente a las peticiones, esta se personifica por medio del señor Brown, quien apenas supo que los trabajadores habían redactado un pliego de peticiones unánime, se marchó del pueblo junto con “los representantes más conocidos de la empresa”. En este punto se inserta anécdotas pintorescas que sirve para liberar la tensión de que se viene cargando la narración desde que se introdujo el tema de la huelga, pero también dan cuenta de la precariedad de los sistemas, de la leyes y de la justicia: Uno de los empresarios de la compañía es encontrado en un burdel al día siguiente de la huida de Mr. Brown, es obligado a firmar el pliego “desnudo con la mujer que se prestó para llevarlo a la trampa”, pero luego fue encarcelado por usurpador, por lo que la firma no tenía ningún valor. Los trabajadores hallaron al señor Jack Brown en el tren, le obligaron firmar, pero los abogados de la empresa demostraron que no era él, sino un vendedor de plantas medicinales llamado Dagoberto Fonseca. Finalmente, se publicó un acta de defunción que certificaba la muerte del señor Brown atropellado por un camión de bomberos. Más adelante se dice que Brown siempre estuvo vivo y en Macondo y que huyó cuando la huelga dejó de ser pacífica. El ridículo juego persecución-evasión entre trabajadores y representantes de la empresa deja ver

¹⁷ Ídem, 422-423.

Gracia Faustina Salazar L

como la compañía nunca se hace responsable de nada que tenga que ver con el interés del colectivo o de sus derechos: son un cuerpo autónomo que no tiene obligación de ningún tipo, y por lo tanto no reacciona ni violentamente, ni complaciendo a los obreros. Simplemente huye, se desentiende. “Los ilusionistas del derecho demostraron que las reclamaciones carecían de toda validez, simplemente porque la compañía bananera no había tenido nunca ni tendría jamás trabajadores a su servicio, sino que los reclutaba ocasionalmente y con carácter temporal”.

Finalmente estalla la “huelga grande” y tres regimientos del ejército son los encargados de reestablecer el orden público. Estos regimientos son descritos como gente sin voluntad de desobedecer una orden aunque no estén tan convencidos de obedecer ciegamente.

Unas pocas escuadras girando en redondo, porque todos eran idénticos, hijos de la misma madre, y todos soportaban con igual estolidez el peso de los morrales y las cantimploras, y la vergüenza de los fusiles con las bayonetas caladas, y el incordio de la obediencia ciega y el sentido del honor¹⁸.

Los trabajadores se arrojaron al monte armados con los machetes de trabajo y se dedicaron a “sabotear el sabotaje”, incendiando fincas y comisariatos, “destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que ya comenzaban abrirse paso con fuego de ametralladoras cortaron los cables del teléfono y el telégrafo”. De esta situación se dijo que el Jefe Civil y Militar iría a Macondo para interceder en el conflicto. El día en que se esperaba la llegada del jefe civil una muchedumbre, entre la que se encontraba José Arcadio Segundo se concentró en la estación del ferrocarril, “hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras”. La gente ha perdido la noción de lo que pasa y para qué están allí, hay un ambiente de feria e inclusive los puestos de fritangas y bebidas se trasladan a la plaza. Esta idea, sumada a la imagen de una mujer gorda y descalza que asiste a la concentración en compañía de sus hijos de cuatro y siete años y le pide José Arcadio Segundo que sostenga a

¹⁸ Ídem, 425.

uno de ellos para que pueda escuchar la lectura del decreto, le suma dramatismo a la masacre porque les da identidad, existencia a esas personas, individuos que son más que una muchedumbre anónima.

García Márquez reproduce en el Decreto No 4 leído en Macondo las mismas condiciones del leído el 6 de diciembre en la estación del ferrocarril de Ciénaga en diciembre de 1928. Ambos decretos están firmados por el general Carlos Cortés Vargas, y por su secretario el mayor Enrique García Isaza, “y en tres artículos de ochenta palabras se declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala”.

Del niño cargado por Aureliano Segundo, se dice que años después contaría lo que vio desde su posición privilegiada: la lectura del decreto y la masa desbocada atacada con metralla. Esa imagen remite a una anécdota de la literatura: el también escritor colombiano Álvaro Cepeda Samudio tenía cuatro años cuando la masacre en el ferrocarril, y vivía en una casa que daba justo frente a la estación. En los años ‘60s Cepeda escribe *La casa grande*, novela que tiene como tema central la huelga de 1928 y la masacre en la estación de Ciénaga.

Igual que en la realidad histórica, en la ficción se le dan cinco minutos a la muchedumbre para dispersarse y aún uno más. Mientras transcurre el minuto adicional, empujado por la dramática tensión, Aureliano Segundo hace una afrenta a los militares: “- ¡Cabrones! – gritó -. Les regalamos el minuto que falta.” La respuesta fue la orden de fuego, las descargas de ametralladoras sobre la muchedumbre, que al principio permaneció inmóvil y luego corrió despavorida.

José Arcadio Segundo pierde la conciencia por una herida y la recobra metido en un tren, “acostado sobre los muertos”. Logró escapar y vio el tren alejarse con “los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban ser arrojados al mar como el banano de rechazo”. Una vez que logró escapar, constata la ausencia del suceso en la memoria colectiva: en todas las casas de Macondo en dónde se resguardó a la mañana siguiente le dijeron que no había muertos.

Gracia Faustina Salazar L

La población, con la misma ingenuidad irresponsable que acogió la llegada de los bananeros, creyó la versión oficial de que no hubo muertos y que los dirigentes sindicales, “con un elevado espíritu patriótico”, habían reducido las peticiones a la construcción de letrinas en las viviendas y mejoras en los servicios médicos. Dijeron que comenzarían a cumplir con esos y otros ofrecimientos en lo que cesara la lluvia que comenzó en ese mismo instante y que no paró hasta 4 años después. Esa lluvia viene nuevamente asociar los estragos de la compañía bananera con un fenómeno natural destructivo.

En cuanto a los organizadores de la huelga, el único que sobrevivió y pudo sortear el encarcelamiento fue José Arcadio Segundo, lo que hace inevitable remitirnos al activista sindical de la realidad histórica Raúl Maecha. Huyendo de las búsquedas del ejército, José Arcadio se encerró en un cuarto de la casa Buendía. Pudo sortear las requisas, pero aún después de olvidado el suceso, permaneció encerrado y enloqueció. Como en La Hojarasca: sobrevivir a los estragos de la compañía bananera tiene un costo en dignidad, en salud mental, en daño.

4. Ciencia y arte de ver

Cuando se trata de violaciones los derechos humanos, la preservación de la memoria es indispensable para garantizar verdad, justicia, reparación y no repetición. La historiografía es una de las principales formas de investigación, archivo y divulgación de los hechos que no deben ser olvidados por las sociedades.

El estudio historiográfico suele ocuparse de los hechos concretos, de las acciones, las fechas, la reconstrucción de los hechos a partir de fuentes comprobables. Las artes plásticas, la literatura, el cine, la música son también formas de expresión que recogen el lado sensible de los hechos, la forma en que los experimentaron quienes los vivieron, su vestigio en el recuerdo de los pueblos.

En el caso de la novela, dice el escritor venezolano Mariano Picón-Salas:

Un género literario para quienes ya no se satisfacen con las clasificaciones embalsamadas de la antigua preceptiva, no sólo se diferencia históricamente de otro por la técnica verbal que utilice, sino por la función que cumpla. Si la vida para el hombre es una especie de laberinto en que se debe tomar una decisión y aun ayudar a los otros a buscar las rutas de la conciencia, diríamos que en tres estructuras literarias fundamentales como Poesía, Novela y Ensayo se expresa una vivencia especial del Dédalo terrestre. (...) El novelista describe en juego de relaciones concretas y particularizadas, en hombres que se llaman Pedro, Juan y Diego —respondiendo cada cual por su nombre como decía el Catecismo— las consecuencias personales y aun colectivas que engendró el laberinto con su crónica de amores, lucha económica, crímenes y muerte¹⁹.

Si lo que se quiere es aprehender la totalidad de un momento, las artes y la historia no son excluyentes sino complementarias. Cada una aporta una perspectiva sobre el cuadro total de los hechos. Dice Picón-Salas.

Y es claro que no sólo la objetividad definitiva y el escrúpulo con que se manipule el documento o se haga la prueba testimonial, socorren al historiador en su

¹⁹ Picón-Salas, M. Y va de Ensayo. En: Nuevos y Viejos Mundos. (Caracas: Colección Ayacucho, 1983) 501-505.

empresa, sino una intuición y comprensión más alta que se homologa curiosamente con la del artista. Los grandes esquemas o abstracciones con que se trata de ordenar y periodizar el pasado, de poco valen si junto a ellos no se aclaran “sus agentes creadores y quienes la mantenían en vida”. Si junto a la abstracción metódica no situamos la conciencización personificada²⁰.

Es justamente el caso de lo que sucede con la actuación de la United Fruit Company en los pueblos de la costa colombiana. Mientras que en general el trabajo de los historiadores se centra en recoger este hecho desde la perspectiva política y económica, Gabriel García Márquez lo narra valiéndose de los recursos polifónicos del lenguaje, con los elementos que permite la creación literaria. Este trabajo permite agregar al conocimiento del dato duro, al saber lo ocurrido le agrega otras perspectivas morales, sociológicas, sensibles, amplifica la voz de los tipos humanos que protagonizaron el suceso, vemos a personajes, como dice Picón - Salas, con nombres, que representan tipos humanos, formas de existir, transitando el laberinto de las circunstancias como si las viéramos ocurrir frente a nuestros ojos en ese instante preciso.

Cuando en *La hojarasca* se dirige el foco al daño moral que recibieron las personas, en la pérdida de sus vidas, de su dignidad, de su paz mental, en la armonía entre los ciudadanos y en su posibilidad de progresar de manera autónoma después de la ida de Macondo de la Compañía Bananera, permite ampliar el criterio sobre la visión política y económica que usualmente analizan otras disciplinas sobre este acontecimiento.

Similar ocurre con José Arcadio Segundo y los otros macondinos con que se relaciona en *Cien Años de Soledad*, personajes de claridad iluminadora para contribuir a “la conciencización personificada” de los acontecimientos. Acompañamos al huelguista a recorrer el dédalo de los sucesos, recorremos los acontecimientos de manera pormenorizada, particularizada, paso a paso, pensando en cómo podrían haber sido esas personas víctimas de ejecución en aquella estación de ferrocarril y se facilita la comprensión de que aquellas víctimas, representadas en la masa de cadáveres sobre la que despierta José Arcadio Segundo

²⁰ Picón-Salas, M. *Vicisitudes del arte de historiar*. En: *Nuevos y Viejos Mundos*. (Caracas: Colección Ayacucho, 1983), 508.

Gracia Faustina Salazar L

después de los sucesos, eran más que una muchedumbre, fueron, por ejemplo, mujeres y niños pequeños también.

Que estas violaciones a la dignidad humana sean referidas en obras universalmente apreciadas, varias veces premiadas, difundidas en múltiples idiomas, contribuye a preservar la recordación del suceso en la memoria colectiva, ya no sólo de los pueblos costeños afectados, explotados y masacrados por causa de la compañía bananera, sino que permanecerá en todos los rincones del mundo donde sean leídas las obras de García Márquez.

Finalmente, el hecho de que también Álvaro Cepeda Samudio en su novela *La casa grande*, y en otros de sus textos, ubique la masacre de las bananeras como hecho central de las narraciones ofrece pistas a los estudiosos de otras disciplinas ajenas a la literatura sobre la profundidad de la huella de este acontecimiento sobre las quienes lo vivieron, una perspectiva desde lo sensible, prestando su arte de ver a la ciencia de la Historia.

Bibliografía

Arango, Carlos. Sobrevivientes de las bananeras. (Bogotá; Editorial Colombia Nueva, 1981).

Archila, M. “Conflictos sociales en Colombia en los años veinte: la masacre de las bananeras.” En: Historia de Colombia. Tomo 7. (Barcelona: Salvat, 1990).

Archila, M. “6 de diciembre de 1928: Masacre de las bananeras.” En: 50 días que cambiaron la historia de Colombia. (Bogotá: Editorial Planeta, 2004).

Bejarano, J. “La economía en el siglo XX”. En: Manual de historia de Colombia. Vol. III. (Bogotá: Instituto colombiano de cultura, 1984).

Bejarano, J. “El despegue cafetero”. (1900-1928). En: Historia económica de Colombia. (Bogotá: Imprenta nacional de Colombia, 1997).

Bravo Mendoza, Víctor. La Guajira en la obra de Gabriel García Márquez. (Riohacha: Gobernación de La Guajira, 2007).

Castro, A. Narración, descripción, historiografía. En: Dos ensayos. (Ciudad de México: Editorial Porrúa, 1956).

Connor, Laura F. Entre la verdad y la realidad: Lo “real-maravilloso” de la masacre bananera en Cien años de soledad. Divergencias. (Revista de estudios lingüísticos y literarios. Volumen 7, número 2, invierno 2009). Pp. 34-42.

Cortés Vargas, Carlos. Los sucesos de las bananeras. (Bogotá: Editorial Desarrollo, 1979).

Estorino, María R. “Gabriel García Márquez and His Approach to History in One Hundred Years of Solitude”. (Loyola Student University Historical Journal v.26 1994-1995). <<http://www.loyno.edu/history/journal/1994-5/Estorino.htm>>. [27 de marzo de 2024].

Faberon, Gustavo Patriau. “La realidad in absentia”. En: Artes de Releer a Gabriel García Márquez. Ed. Julio Ortega. (México, D.F.: Jorale Editores, 2003). Pp.45-49.

Gracia Faustina Salazar L

Fonnegra, Gabriel. *Bananeras: Testimonio de una epopeya*. (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1980).

García Márquez, G. *La hojarasca*. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970).

García Márquez, G. *Cien años de soledad*. (Madrid: Ediciones Cátedra, 1999).

García Márquez, G. et al. *El olor de la Guayaba*. (Colombia: Editorial la Oveja Negra, 1982).

Kline, Carmenza. *Violencia en Macondo: tema recurrente en la obra de Gabriel García Márquez*. (Bogotá: Fundación General de la Universidad de Salamanca, Sede Colombia, 2001).

La Masacre de las Bananeras en *Cien años de soledad*: cuando el realismo mágico le ganó a la historia oficial. (Colombia Informa | Dic 6, 2015). <https://n9.cl/htkpc>. [27 de marzo de 2024].

López, Santiago. *La Masacre De Las Bananeras En Cien Años De Soledad: ¿Historia O Memoria?* (Revista Espinela, n.º 9 mayo, 2021. 44-51). <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/espinela/article/view/25242>.

Martin, Gerald. *Gabriel García Márquez: Una vida*. (Madrid: Editorial Debate, 2009).

Maza Zabala, D. *Crisis y Política económica 1989-1996*. (Caracas: Academia Nacional de las Ciencias económicas, 1996).

Pernett, Nicolás. *La recurrente masacre de las bananeras*. (Razón Pública, diciembre 2, 2013). <https://n9.cl/mtlhg3>. [27 de marzo de 2024].

Picón-Salas, M. *Y va de Ensayo*. En: *Nuevos y Viejos Mundos*. (Caracas: Colección Ayacucho, 1983. Pp. 501-505).

Picón-Salas, M. (1983 B) *Vicisitudes del arte de historiar*. En: *Nuevos y Viejos Mundos*. (Caracas: Colección Ayacucho, 1983. Pp. 505-508).

Gracia Faustina Salazar L

Rama, A. “Un novelista de la violencia americana.” En: Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez. (La Habana: Centro de investigaciones literarias Casa de las Américas,1981).

Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [4 de marzo de 2024]

Tirado Mejía, A. “Colombia: Siglo y medio de bipartidismo”. En: Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo6.htm>.

Valdeblanquez J. M. Historia del Departamento del Magdalena y del territorio de la Guajira: desde el año de 1895 hasta el de 1963. (Bogotá: El voto nacional, 1964).

Vargas Llosa, M. García Márquez: Historia de un deicidio. (Caracas: Monte Ávila Editores. 1971).